

Por eso es raro que allí se oiga la voz de la Nación. Lo que suena es el interés personal, la pasión, la codicia, la vanidad, la ignorancia. El analfabetismo de los dictadores lugareños trasciende en la tribuna. Y su audacia también... Así se explica la separación, cada día más clara, entre los ciudadanos y sus falsos representantes...

Al dictado de que España es Nación sometida a las vilezas de la iniquidad, hay que añadir este otro: España, Nación suplantada en los Comicios y en las Cortes... Cada día aparece más evidente el divorcio. Ahora, como nunca.

Porque allí no estremece los ámbitos el elogio de los soldados que mueren gloriosamente en Africa, en lucha sin gloria, lejos del amor de quienes les ordenan pelear y sacrificarse... En cambio retumban las acusaciones por el grave delito que cometen esos amparadores de la patria: el de indignarse con las afrentas que al orden y a la paz son inferidas por los impunes criminales...

Sí, empecé mi viaje. No iba yo en busca del cacique, sino en busca del Cid. No hallé en parte alguna de los lugares que recorrí memoria del Gran Caballero de las Castillas. Pero pasé de cacique a cacique como un viajero marroquí pasa de kabila a kabila.

Vecino de la corte, residente aquí desde los años primeros, alumno de Seminario, más tarde de San Isidro y de la Central, desconocía a España. Era para mí, por lo mismo, novedad emocionante el vivir de los pueblecillos, que en esa época andaban en la faena de la recolección.